

der, son los *empresarios* de este Carnaval. El pueblo crédulo y sencillote, grotescamente engalanado con trapos y caretas republicanas, baila al son que le vienen cantando moderados y carlistas. Esta es la verdad, que sostengo sin temor á que ningún cristiano pueda rebatirla. El amigo Socobio dirá: «¿Y qué papel hacen en este sangriento Carnaval los *caballeros del Progreso*, sus amigos de usted, Sr. D. Fernando?» Sobreponiendo mi sinceridad y rectitud á todo sentimiento de compañerismo, contesto sin rebozo que si los *señores de la moderación* se han conducido desde que terminó la guerra como una cuadrilla de hipócritas y tunantes, los *caballeros del Progreso* están demostrando que son un hato de imbéciles.

## XXVIII

Del mismo al mismo.

San Feliú de Llobregat, Diciembre.

Amigo mío: Aquí estamos ya sanos y salvos, con la pena de haber dejado á la bella Barcelona en las bestiales manos del motín. La úl-

tima extracción de revoltosos se ha echado de jefe á un vendedor ambulante de perfumería llamado Crispín Gaviria, el cual debe de ser hombre para un fregado como para un barrido. Se pasa el día redactando bandos terroríficos, que son fijados en las esquinas por sus agentes, á los cuales precede un pelotón de tropa tan heterogénea en el vestir como en las armas que lleva. Unos van con morrión y otros con barretina ó pañuelo; éste lleva zamarra y trabuco; aquél levita, fusil y pistolas. En los bandos se conmina con pena de muerte al que no se presente con armas al toque de generala; la menor falta se castiga con cuatro tiros, como medida preventiva, y para sufragar los gastos de la defensa de la ciudad decretase la *ocupación* de bienes de todos los que, habiéndose ausentado, no acudan prontito al llamamiento de D. Crispín.

El vecindario huye despavorido. Centenares de nacionales esconden las armas y se escapan como pueden, por mar ó por tierra. Los *jamaicos* y *patuleos*, desarmados por los *Diez*, y armados de nuevo por organización espontánea, se constituyen en cuadrillas de vario contingente, dedicándose á cobrar la salida de los que huyen. Familias enteras son despojadas de cuanto tienen, hasta de la ropa, en el momen-

to de embarcarse. En tanto que en el puerto y en las salidas de la ciudad unas *secciones de Tiradores intervienen* la emigración, otras recorren los barrios céntricos y comerciales *tomando nota* de existencia metálica, ó *recaudando* lo que la *Patulea* necesita para dejar bien puesto su honor en aquel lance. Algo de esto ví, Sr. D. Serafín, y algo me han contado, que no repito para que no diga usted que recargo la pintura con fuertes brochazos y tintas chillonas.

Esperábanos ya en San Feliú nuestro generoso castellano D. Magín, y por cierto que su primera conversación conmigo fué un tanto resbaladiza, y me faltó poco para quebrantar las leyes de hospitalidad contestando á sus sandeces con los puños antes que con la boca. ¿Pues no se condolía del anunciado bombardeo, calificándolo de bárbaro, de inaudito y criminal? Y dos clérigos allí presentes, cruzando las manos y arqueando las cejas con hipócrita sentimentalismo, también dijeron pestes de Espartero porque bombardeaba, y le llamaron Tamerlán, Atila, azote de Dios, y otros hinchados disparates. Con lo nervioso que yo estaba, bastaron los ridículos enternecimientos de Cornellá y el farisaísmo de sus amigos para que me volara. ¡Que oportuna estuvo

mi madre al contener con una mirada y un gesto la rabia que me enardecía! Tan sólo les dije: «¿Pero qué quieren ustedes? ¿que deje á los *patuleos* en plena posesión de la ciudad, y encima les mande raciones de chocolate de Astorga?...» En fin, mi madre no me dejó seguir, y se restableció la concordia, conteniéndome yo dentro de las reglas de la más elemental urbanidad.

Desde San Feliú veíamos las tropas de Espartero en Esplugas, y el avance de los convoyes de provisiones hacia la eminencia de Montjuich. Hubiera sido muy de mi agrado llegarme allá para ver á Espartero y hablar con él; pero no quise hacer ostentación de mis concomitancias *ayacuchas*, y empleaba las horas de aquel destierro paseando con los curas amigos de Cornellá y míos, uno de los cuales era ilustradísimo, de buena sombra y un tanto maleante; el otro cerril y tozudo, con un acento catalán tan gordo y áspero, que me costaba trabajo entenderle cuando llenaba su boca de palabras castellanas, como si la llenara de sopas calientes. No me causó sorpresa oírles hablar con hiperbólica admiración de los clérigos regulares de San Quirico, poniendo en los cuernos de la Luna su prodigiosa sabiduría y la austeridad de su regla...

Ha pasado un día. Continúo con la noticia de que en el actual momento, que señalará la Historia, ha comenzado el bombardeo, amigo D. Serafín... ¡Pobre Barcelona! Lo digo por las casas, pues todos los habitantes dignos de consideración se hallan fuera de aquellos profanados muros. A las once y media largó el Duque los primeros confites: la función, mirada sólo como espectáculo, resulta bonita desde esta planicie del Llobregat. Se ve admirablemente la línea parabólica que trazan los proyectiles, y la caída de éstos en la infortunada plaza. Se me figura que Espartero bombardea con miramiento y pulso, procurando hacer el menor daño posible, en espera de que D. Crispín pida misericordia. Corren aquí voces de que los nacionales que salieron de la plaza y gran número de vecinos honrados darán seguridades al Regente de que la plaza se rendirá esta noche, y en caso contrario, ofrécese todos, en unión de la tropa que ha traído Su Alteza, á forzar las entradas de la ciudad... Dios quiera que todo esto sea cierto. Dícenme además que una nueva Junta de *respectables* ha surgido ayer, y que en ella figuran su amigo de usted y mío D. Antonio Más y Brugada, y el *simpaticone* Ramoneda... El Duque ha trasladado su Cuartel General de Esplugas á Sarriá, donde esperan

verle los nuevos junteros y acordar con él la salvación de Barcelona. Dios ponga tiento en sus manos, y á todos les ilumine, para que veamos pronto el término de estas aflicciones y respiremos el dulce aire de la paz.

A media noche termino ésta, mi buen D. Serafín, con la noticia de que ha cesado el fuego. Montjuich, desarrugando el ceño torvo y conteniendo el resoplido ardiente, mira compasivo á su esposa, y una vez aplicados los palos que su decoro de marido exigía, parece que examina y cuenta los cardenales que le ha hecho, y le recomienda que se los cure pronto para que luzca en toda su hermosura. «Ráscate un poco y ponte unas compresas, que eso no es nada—le dice.—*De tant que t' estimo t' punyego.*» Es opinión general que mañana entrará Van-Halen en Barcelona, y que terminado el imperio de *jamancios* y *patuleos*, volverán las cosas á su antiguo sér y estado, con los quebrantos y rencores que son infalible secuela de estos sacudimientos. En Esplugas, á donde fui al anochecer con los cleriguitos que se dignan acompañarme, he adquirido noticias del próximo desenlace de la tragedia. Espartero cree haber cumplido con su deber, como Jefe del Ejército y del Estado, y su conciencia no le acusa de crueldad; antes bien estima que se ha man-

tenido en la justa medida del rigor que las circunstancias hacían indispensable. No me lo ha dicho Su Alteza, pues no he tenido el honor de hablarle; pero conozco su pensamiento por referencias del Coronel D. Felipe Navascués, amigo de usted, según me ha dicho, y que desde esta noche lo será mío. Usted, que le conoce, comprenderá la prontitud campechana con que se ha manifestado en los dos la corriente de simpatía, y cuán de mi agrado es, singularmente, el carácter abierto y leal de este noble hijo de Navarra. No hacía un cuarto de hora que nos habíamos ofrecido amistad, y ya me brindaba su cooperación para cualquier barrabasa que yo le propusiera, añadiendo que mayor sería su gusto, cuanto más atrevido y extravagante fuese lo que juntos acometiéramos. No es fácil que usted me entienda, ni ha llegado la ocasión de que yo le hable con más claridad. Por mi conducto, mi flamante amigote Navascués le manda á usted sus recuerdos con toda la ruidosa vehemencia y toda la incorrección que gastar suele.

Un día más. Desmedidas alabanzas me han hecho mis cleriguitos de la piedad y virtud de D. Magin Cornellá, añadiendo en loor suyo que es una de las más firmes columnas de la *Instrucción Cristiana*, y el protector más ardiente

de San Quirico. Su ejemplo me ha contagiado de tal modo, que no he querido ser menos que él; y aquí me tiene usted, mi Sr. D. Serafín, arrimando el hombro á la Congregación para sostenerla en sus necesidades, y ayudarla en el cumplimiento de sus altos fines. A más de llevar mi óbolo modesto al cepillo de la *Instrucción*, he querido significar á los Padres mi simpatía con el regalo de un cáliz de plata sobredorada y de un terno completo para misa de tres en ringla; por fin, sabedor de que no reboaban de provisiones las despensas de Papiol, heme permitido mandar allá cuatro celemines de garbanzos, tres de judías, y dos arrobas del delicioso vino blanco de Sitges.

Ya le veo á usted sonreír, ¡oh espejo de los ladinos! D. Serafín de Socobio... Pero no dudo que al fin hará justicia á la bondad de mis intentos, conservándome su preciosa confianza y mandando la bendición á su constante amigo  
—*Calpena.*

## XXIX

De D. Fernando á Demetria.

*Molins de Rey, Diciembre.*

Maestra: ¿Cómo escribe un hombre á su mujer cuando de un lado le tiran el deseo y la obligación de la carta, y de otro los graves quehaceres que impiden coger la pluma? Pues garabatea lo substancial en cuatro términos rapidísimos, y si la señora se amosca, que se amosque. El tiempo me apremia; las horas se me escapan... atajo unos minutos para decirte que apenas franqueadas las puertas de la ciudad, fui á Barcelona con mi madre, á quien dejé instalada en nuestra casa, gozando de cabal salud. Dios se la conserve. Digo también, con la debida celeridad, que sin perder horas me vine á Esplugas, donde ví á Espartero, y hablamos... naturalmente, de política, declarándome yo el más férvido de los *ayacuchos*; de Esplugas víneme á Molins de Rey, donde estoy... ¡Ah! se me olvidaba decirte que me traje á Sa-

bas y á Urrea, y á seis hombres más, á quienes tengo por descendientes de los almogávares que fueron á Constantinopla; tan decididos y arrogantes son, ávidos de gloria, de... Toda mi gente es de á caballo, y como material caballeresco me traigo un coche, un carro, un arsenal de magníficas armas... ¿y qué más?

¿Que más?... Trae un formidable caudal de esperanzas tu caballero—F.

Del mismo á la misma.

*Esparraguera, Diciembre.*

Mujer: Tampoco en ésta puedo escribirte largo. Con palabra concisa ¡aleluya mil veces! te referiré los hechos grandes.

Recibieron hoy los benditos Padres de San Quirico una orden del Comandante de la fuerza estacionada en Molins de Rey, reclamando, de parte del Coronel de Zamora, al Coronel retirado D. Santiago Ibero para que prestara declaración en una causa militar... ¿Te interesa saber qué causa era ésta, y de qué formas se había revestido la donosa impostura? No te interesa... ni á mí tampoco. Naturalmente, el portero de San Quirico despidió con cara de pa-

lo al mensajero de la orden, y tres horas después vimos llegar al mismo portón un piquete de soldados con instrucciones tan fieramente ejecutivas, que toda la Congregación anduvo de coronilla, como si ardiera la santa casa por los cuatro costados. Salió el Rector echando venablos; más gordos los echó el teniente; protestó el primero de que la Congregación no era facciosa, ni allí se había conspirado nunca contra el *Progreso* ni contra nada; formuló el militar el tercer apercibimiento, declarando que no valían excusas, y que, ó se le entregaba por la buena la persona del señor Coronel retirado, ó él entre bayonetas la sacaría... y todo esto pronto, pronto, que no iba el hombre dispuesto á gastar tiempo y saliva en ociosas discusiones.

Vieras una hora después al amigo Ibero, entre dos Padres, avanzar hacia Molins de Rey á buen paso, conducidos por el piquete como criminales, y viérasme á mí y á Navascués salirles al encuentro en una arboleda situada entre el canal y el río. Se les mandó hacer alto para que tomaran un refrigerio que apercibido tenían mis almogávares; mas no quisieron los curas refrescar, expresando su enojo con displicentes excusas. Llevóme Navascués á lo más umbroso de la olmeda, y con donaire socarrón,

que no olvidaré nunca, me dijo: «He visto en mi vida no corta todas las clases de raptos que á mi entender podían existir. Yo mismo robé á una doncella esquiva el año 32, cuando fuimos á la persecución de bandoleros en la Serranía de Ronda; ví en Navarra el hurto de una casada tierna que quería cambiar de dueño, y presencié el rapto de una viuda entrada en años, allá por las Cinco Villas de Aragón; he visto robar niños, por piques entre padres y abuelos; he visto afanar ganado y gallinas; pero no he visto jamás robar un cura, y esto lo veré ahora, que es caso de grande novedad é interés.» Respondile que no era sacerdote el caballero sacado de los claustros de Papiol, pues si lo fuera no osara yo cometer pecado tan feo como es el de poner mis manos en persona sagrada. No hacía más que llevármele conmigo lejos de la influencia de los Padres, para examinarle á mis anchas el espíritu y la conciencia, y ver si en efecto... No me dejó acabar, y echándose á reir, me dijo que le parecía de perlas mi determinación, y que ansioso estaba de ver cómo me desenvolvía yo de aquel delicado negocio. Su mayor gusto sería ponerse á mi lado hasta el fin de la empresa, proporcionándome un rapto sacrilego de los más leves, con ayuda de tropa. Pero esto no podía ser, ni sus deseos de ser-

virme le permitían mayor transgresión de sus deberes. Ya el ejército me había dado todo el apoyo que podía: en lo restante arreglárame yo como Dios me diese á entender, y él esperaba la función para verla y gozarla desde la barrera. A esto respondí que con lo hecho en favor de mi causa me bastaba, y ya no quería más. Dándole las gracias, le indiqué que podía mandar que se retirase la tropa si era su gusto.

Pasado un rato, y cuando los soldados se perdieron de vista, llegaron á mí los dos Padres que acompañaban á Ibero, y he aquí que me dicen: «¿Se servirá usted explicarnos, caballero, si esta farsa ha concluído y podemos retirarnos?...» Respondí que podían regresar á Papiol, si gustaban; y agarrando á Ibero por un brazo y haciéndole dar un violento paso hacia mí, dije en alta voz, para que los tres se enteraran bien: «Los señores curas se vuelven á su casa, y este caballero seglar se vendrá conmigo.» Desprendiéndose de mi mano, Santiago puso el rostro fiero, y con voz turbada declaró que no me seguiría como no le llevaran á rastras. «No te llevaré á rastras, sino en un buen coche que para el caso traigo. Y no te valen protestas, Santiago, ni has de pensar en una resistencia que habría de ser inútil. Tú me conoces: he dicho que te llevaré conmigo, y con

decirlo dos veces basta para que no dudes de que conmigo irás.» Como ni aun con esto cediera, tuve que subir un poquito el tono: «Teniendo yo la fuerza necesaria para cargar contigo, quieraslo ó no lo quieras, no necesitare usar de mi superioridad; que no es de caballeros amenazar con el rigor de las armas á hombres indefensos. Pero si necesario fuese apelar á este recurso, por mí no queda... Los señores sacerdotes, que merecen todo mi respèto, pueden irse cuando gusten ó quedarse aquí. Tú, Santiago, eres mío, y si no puedo llevarte vivo, entiende que muerto te llevaré.

—¿Y quién te ha dado esa comisión?—dijo el *ángel negro* con más estupor que furia.

Por un momento no supe qué contestarle. Salí del paso con esta respuesta, que luego tuve por inspirada: «¿Quién me ha dado esa comisión? Pues el juez que ha de juzgarte, Santiago...»

Meternos en disputas habría sido quitar á la acción toda su fuerza. «Ahí tienes el coche—dije á Santiago.—Entra en él sin chistar, y entiende que al menor asomo de resistencia, entrarás atado de pies y manos. Escoge lo que más te agrade.»

Miró Santiago en derredor suyo, y viendo que había gente sobrada para realizar mi ame-

naza, se metió en el coche con rápido impulso, gruñendo: «Contra la fuerza bruta, ¿qué puedo yo? Hazaña es ésta, Sr. D. Fernando, sin maldita gracia, y más propia de bandidos que de caballeros.» Los sacerdotes apoyaron con timidez esta airosa protesta. «Júzguenme como quieran,—repliqué yo, más atento al fin que á los medios, y entré en el coche. Desde la ventanilla me despedí de los Padres, diciéndoles que á pesar de aquel desafuero no les quería mal, y que la Congregación tendría siempre en mí un diligente protector y amigo. Di la voz de arrear de firme, y con bullanga partieron coche y galera, y los almogávares de á caballo. Alejándonos á toda carrera camino del puente, ví á los dos pobres clérigos como estatuas, no recobrados aún de su estupor medroso.

Pasado el Llobregat al caer de la tarde, seguimos por el camino real sin ningún obstáculo, llamando excesivamente la atención de los payeses de aquellas aldeas, que, picados de curiosidad, nos seguían con los ojos. Parecíamos viajeros de otra edad, señores que caminaban con séquito por país infestado de ladrones, ó cuadrilleros que conducían un preso de alta categoría. No tengo espacio para contarte lo que hablamos Santiago y yo desde la captura hasta que llegamos á este pueblo. Ello ha sido

como los primeros saludos de arañazos y golpes entre la fiera y el hombre, cuando en la jaula se ven juntos y alargan la una su garra, el otro su mano. Ya lo sabrás cuando á la conversacion de hoy pueda añadir otras de más substancial miga.

Diera yo, cara esposa mía, mi mejor caballo por saber ahora qué te ha parecido la forma y los accidentes del raptó cuasi sacrilego que acabas de leer. Pensarás quizá que mi hazaña carece de mérito y no debe ser anotada en los anales de la caballería. Disponiendo yo de la fuerza con exceso, vine á ser un atropellador vulgar, un señorito pudiente de los que con dinero y buenas amistades imponen su capricho á los que de aquellos resortes están privados. No me alabo del lance ni de él abomino, reservándome la crítica para cuando se haga el integral juicio de mi *séptimo trabajo*, y puedan verse con claridad los afanes y atrevimientos, las sutilezas diplomáticas y los guerreros lances que han de componerlo. Si es hazaña ó no es hazaña lo del robo de cura, luego lo veremos, pues se han de juzgar los hechos por los beneficios que producen, y no es justo que maldigamos los medios cuando bendecimos los fines. Doctrina corriente es ésta en nuestra edad, y ya sabemos la fuerza que traen las doc-

trinas que por lo extendidas debiéramos llamar atmosféricas. La caballería misma, con ser un organismo tan libre y autonómico, en cada época se acomoda al suelo, al ambiente y á la reinante constitución moral.

A tí, que eres mi conciencia y la luz de mi alma, te digo que el acto de arrancar á Santiago de la *Instrucción Cristiana* no fué un producto espontáneo de esta pobre cabeza mía: me lo inspiró la misma sociedad en que vivimos, y el espectáculo de las violencias á mansalva y de los procederés autoritarios que aquí emplean los hombres para conseguir sus fines. No habría hecho yo lo que hice, si la revolución de Barcelona no me hubiese dado ejemplos y enseñanzas de persuasión irresistible. He visto á los poderosos, que ambicionan recobrar el mando que perdieron, emplear la corrupción para ganar á los venales, y la brutalidad para sojuzgar á los incorruptibles; he visto que la ley no es nada, que de ella se burlan los institutos armados como los magnates del orden civil, y que sólo la fuerza y el compadrazgo hacen el papel tutelar que á las leyes corresponde. El que dispone de un poco de fuerza y de la firme adhesión de unos cuantos amigos á quienes halaga y sostiene con obsequios ó favores, lo tiene todo, y puede burlarse del derecho ajeno.

He visto también á los poderosos que mandan permitir mil atropellos por sostenerse en el puesto de sus satisfechas ambiciones, y consentir la insolencia de los fuertes y el vejamen de los tímidos. Aquí tienes explicado el raptó de Ibero por la filosofía que aprendí en los nefandos motines de Barcelona. Y yo digo: si mis fines son honrados y nobles, ¿qué importa que me haya valido del engaño y la barbarie para realizarlos? ¡Qué sofisterías, dirás tú, se trae ahora mi caballero! Yo respondo, dulce mujer mía, que los que debemos al cielo una buena posición y un apoyo de amistades poderosas, resucitamos, sin quererlo, en nuestra edad de pólvora, las gracias y desgracias de la edad feudal; y naturalmente, al trasplantar la caballería, le imprimimos el carácter de la vida presente, de donde resulta que, teniendo los modernos adalides más afinidad y parentesco con los caciques de salvajes que con los Cides y Bernardos, la orden que profesamos debe llamarse del *Caciquismo* antes que de la Caballería. En fin, ¡oh gran Demetria! que de tejas abajo lo podremos todo, y si no somos felices, será porque de arriba nos venga la contraria.

Que me caigo de sueño... que no puedo más... que las letras que escribo me pinchan los ojos, como lluvia de alfileres... No suelto la pluma

sin decirte que vamos bien, que puedes administrar una dosis prudente de esperanzas; y á tí propia ¡oh dulzura y paz de mi vida! te administrarás los veinte mil abrazos, ni uno menos, que en esta carta te manda tu marido—  
Fernando.

## XXX

Agotado, con la carta que antecede, el precioso archivo epistolar que á la narración con indudable ventaja sustituía, continúa el relato de los hechos, los cuales rigurosamente se ajustarán á los informes que de palabra y en notas ha transmitido el propio D. Fernando á sus amigos, admiradores y paniaguados. Lo primero que debe decirse, tomando el hilo desde que salieron disparados por el camino real los salteadores y su presa, es que transcurrió más de un cuarto de hora sin que D. Santiago y el Sr. de Calpena se dijera una palabra. Miraba el uno al campo por el vidrio de la derecha, y el otro por el de la izquierda, viendo cómo se obscurecían los amenos campos al avanzar la noche, y cómo se desleían los risueños colores en las sombras opacas. Ibero exhaló un gran suspiro, como los de D. Quijote

ando encantado le llevaban en el jaulón, y al oírle, arrancóse D. Fernando con estas palabras:

«Lo primero que has de decirme es la calidad de tu persona. ¿Cómo he de mirarte, como sacerdote ó como caballero?»

Desdeñoso contestó Santiago que le mirase como quisiera, y picado el otro, agregó lo siguiente: «¿Es que has perdido la condición de caballero sin haber adquirido la de sacerdote? Seas lo que fueres, yo no he de soltarte; pero quiero saber si puedo contar con que llevo al lado mío á un caballero.

- Dame armas—replicó el otro,—y podré responderte mejor.

—Pues para eso mismo te lo preguntaba, para darte armas. Tú y yo tenemos que ajustar una cuenta y poner en claro un grave punto de honor. ¿Estás dispuesto á ello?

—¿A romperme el alma contigo? Sí, hombre: ahora mismo. Manda parar el coche. ¡Si habrás creído tú que Santiago Ibero, porque aprende para cura, no tiene ya el corazón donde antes lo tenía! No confundamos, señor mío, cosas con cosas. La religión es la religión, y el honor es el honor, y ningún hombre, aunque sea Papa, debe quedar mal cuando quiere atropellarle...